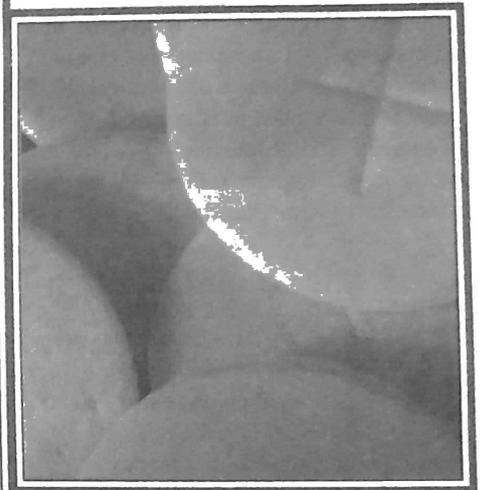


La Comunión de los Santos: 'Personas que necesitan a otras'

por Leonard Foley, O.F.M.



ILUSTRACIONES: C.I. PUBLICATIONS, O.M.E. INTODIS, INC. ALL RIGHTS RESERVED

Nuestras misas diarias parroquiales se celebran en una pequeña capilla de la iglesia. Estamos situados en una encrucijada de una ciudad grande, y encontramos una gran variedad de gente. Nos sentamos en tres lados del recinto, alrededor de un pequeño altar cuadrado. Algunos sonrén tímidamente al entrar. Pero la mayoría simplemente toma un asiento y fija la mirada en el espacio

Dora está presente, rezando por su marido moribundo. El "Coronel" y su esposa de pelo gris están en su lugar habitual, directamente frente al altar.

Tres hermanas de la casa de oración, una en hábito de monja, hacen su visita semanal. Y por supuesto, la anciana Sra. Nuñez está allí con las estampas que sobresalen del bolsillo de su blusa, y un rosario en torno al cuello. Y aunque parezca mentira, hay también tres estudiantes de la universidad: es la semana de exámenes. Un señor muy grueso, en un traje de tres piezas, voltea muy serio las páginas del misalito. María, su pelo retorcido que le da la apariencia de estar en orden, mira con empeño a cada recién llegado, esperando una sonrisa de reconocimiento. Está de vacaciones de la sala del hospital Santa

Isabel para tratamiento psicológico. Un joven con una pequeña cruz colgada al cuello se sentó cerca.

Me incluyo en el grupo y es algo arrogante juzgar, pero no puedo evitar recordar las palabras poco halagadoras de Pablo a su parroquia en Corinto: "Hermanos, fíjense a quiénes llamó Dios. Son pocos los de ustedes que pasan por cultos, y son pocas las personas pudientes o que vienen de familias famosas. Pero Dios ha elegido lo que el mundo tiene por necio para avergonzar a los sabios, y ha tomado lo que el mundo tiene por débil para confundir lo que es fuerte." (1 Corintios 1:26-27).

Pero veo una visión. Veo a este pequeño grupo como una de las comunidades vivientes de Dios. Hay algo en el corazón de cada uno de los presentes —podría ser una llama muy pequeña— que todos comparten: el deseo de ser guiados en la vida por una visión de fe, una voluntad de perseverar a pesar de la propaganda que dice que creer no es más que ilusionarse sin esperanza y que la paciencia es ridícula. Puede ser que no les guste sentarse muy cercanamente. Solamente las hermanas y la Sra. Nuñez abrazan a todos con gusto durante el abrazo de paz. Pero en este grupo extrañamente diverso, hay todavía un sentido de comunidad. A pesar de la timidez o una retirada aparente, hay algo presente que nos reúne a todos.

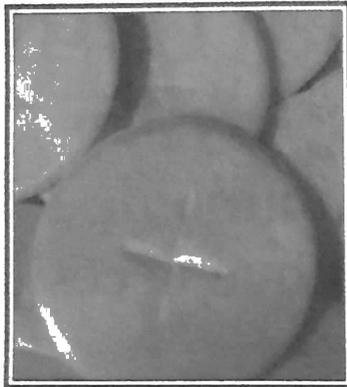
Piénsalo en esto: En la comunión, el único Jesús se comparte con 15 personas. El único Espíritu de Jesús se derrama en 15 corazones. La mente de Jesús otorga luz a cada uno. El amor del corazón de Jesús abraza y calienta el amor frágil en el corazón de cada miembro. (Perdona otra comparación cruda: la misma corriente en 15 bombillas de luz.)

I. La Iglesia en la tierra

Me doy cuenta que estas personas son santas, una comunión de santos —como se usa la palabra en el Nuevo Testamento. No santos muy famosos pero gente de cada día, unos desolados por la tragedia o el dolor o quizás el pecado, a quienes la presencia de Dios hace santos. Son una pequeña comunión —una comunidad. ¿Comparten a Dios!

Eso es cierto de todas las reuniones eucarísticas alrededor del mundo. Todas juntas —y muchas otras personas santas además— forman la rama terrenal de la Comunión de los Santos. Esto es lo que Dios tenía en mente desde la eternidad —una comunidad del mundo, y muchas pequeñas comunidades formando el mundo, cuyo primer propósito en la vida es amarse mutuamente y amar a su Dios salvador. Todo lo demás es secundario.

En el plan de Dios, nuestro pequeño grupo y todos los grupos parecidos compartirán la vida de Jesús el uno al otro y con todos los que encontramos. Sí, vamos a fracasar, pero volveremos



mañana o el domingo a empezar de nuevo. Somos "la sociedad no sanada". No somos una colección cualquiera de gente que espera en una estación de autobús. Somos una comunión de hermanos y hermanas en la gracia de Dios. Y dentro de nosotros está el Espíritu, dándonos el poder de actuar como tal.

Describir la realidad. La Iglesia vivía la comunión de los santos antes de empezar el uso de la expresión —cerca del quinto siglo. Fue puesto en el Símbolo de los Apóstoles como una declaración enfática que la Iglesia y el Reino —o el Pueblo de Dios— es una comunidad, no gente sin vínculos buscando una salvación privada. La frase expresa lo obvio: Dios envió a Jesús para abrazar a todos los hijos de Dios, traerlos a una familia grande, y enseñarles cómo dar la bienvenida a los demás. El Papa León XIII dijo: "La comunión de los santos es simplemente... el compartir mutuo de ayuda, expiación, oraciones y beneficios entre todos los fieles."

Todos compartimos lo que Dios nos da. No importa que yo sea educado y otros a penas puedan explicar su fe. Todos hemos sido invitados, mendigos todos, al banquete. Participamos en común o no participamos. Dios no podría crear personas que no necesitan a otras personas. Como miembros del Cuerpo de Cristo, padecemos y nos regocijamos juntos. "Si un miembro sufre, todos sufren con él; y si un miembro recibe honores, todos se alegran con él." (1 Corintios 12:26).

Todos (como un cuerpo cuyo pie ha sido clavado por una espina) sentimos dolor si el amor de Dios es rechazado o traicionado por alguien, especialmente un miembro del cuerpo. No los juzgamos, pero el escándalo está ahí. Sucede lo contrario —cuando somos testigos de la bondad. Si somos gente de fe, nos alegramos por todas las personas y cosas buenas que vemos ocurrir en la tierra.

Cuando percibimos —con los ojos de la fe— el don de una "comunión de bondad y amor" alrededor del mundo, vislumbramos lo que quiere decir la Comunión de los Santos, Ira Rama, Gente de la Tierra. Esa es la Iglesia en la tierra luchando por seguir adelante.

Pero hay más. El *Catecismo de la Iglesia Católica* nos enseña sobre las tres "ramas". "Creemos en la comunión de todos los fieles cristianos, es decir, de los que peregrinan en la tierra, de los que se purifican después de muertos, de los que gozan de la bienaventuranza celeste, y que todos se unen en una sola Iglesia..." (#962).

II. La Iglesia en el cielo

Nuestro pequeño grupo, reunido para la misa diaria, siente, quizás ligeramente, que somos sólo la punta del témpano. Oímos al celebrante decir, "En todas las edades reúnes a tu pueblo" y "que estamos destinados a compartir la vida eterna con María, la Virgen Madre de Dios, los apóstoles y cuantos vivieron en tu amistad a través de los tiempos." Rogamos a Dios: "Acuérdete, Señor, de tu Iglesia extendida por toda la tierra", "el pueblo entero que tu Hijo te ha ganado." "Acepta, Señor, en tu bondad, esta ofrenda de tus siervos y de toda tu familia santa." La Iglesia nos está diciendo que pertenecemos a una comunidad que incluye a la Santísima Madre y a los apóstoles, Pedro y Juan, San Francisco y Santa Teresa.

Todo tipo de santo está presente. Los canonizados llegan al millón, en mi estimación, en el gran libro llamado el martirologio, del que los monjes leen una porción cada mañana. Ellos son los héroes y heroínas. Ellos son "la nube de testigos" que nos inspiran a creer que habrá una comunión final en la que estaremos todos juntos. Ellos son los que dejan que el amor de Dios los llene

totalmente. Su fama, a veces, se debe a que se enfrentaron a un desafío particular en la historia.

Recordar a todos los que no están canonizados. Piensen en los amigos especiales que tienen en el cielo. Las cuatro páginas de este *Catholic Update* no podrían ser suficientes para incluirlos todos. Conozco a algunos muy buenos: Helen, a quien llevé la comunión por un año mientras un cáncer marchitaba su cuerpo; el Padre Bill, mi hermano franciscano, y por supuesto John, Max y Roland y... ¿cómo puedo excluir a alguien? Mi maestra de octavo grado, la Hermana Borgia.

Y por supuesto, también, mis papás y mi hermano Leonardo y Tía Mimí, Margarita, Nelly, Lucy... ¿dónde termina la lista? Como ves, solamente mencionar un nombre es casi una injusticia a los cien, o quizás mil otros nombres. Todos son mis amigos en el cielo. Usted tiene una lista parecida. Sus amigos y los míos están todos reunidos ahora, en una felicidad que solamente podemos adivinar. Los celebramos a todos ellos el primero de noviembre, la fiesta de Todos los Santos.

Rezar a los santos. Es una antigua tradición cristiana que los santos en el cielo rezan por los hijos de Dios en la tierra, y que nosotros a su vez los honramos por los dones grandes que Dios les ha dado, y les pedimos su ayuda y oraciones.

Un instinto santo nos motiva a hablar a los santos. ¿No les han pedido ayuda, espontáneamente, a sus abuelos o padres en el cielo cuando se encontraron en dificultad sería, deprimidos o excitados? A menudo yo les he hablado, enviando una petición sencilla: "Ayúdame." Y por supuesto yo se que no tienen poder aparte de Cristo. Jesús es el único mediador. Pero, si yo "espontáneamente" pido a la gente en la tierra que recen por mí, ¿porqué no les pido a ellos a quienes Dios ha llevado hacia sí? El *Catecismo de la Iglesia Católica* (8956) cita a dos santos que prometen rezar por nosotros. Cuando Santo Domingo estaba muriendo dijo a sus hermanos "No lloréis, os será más útil después de mi muerte, y os ayudaré más eficazmente que durante mi vida." Santa Terecita de Lisieux dijo, "Pasaré mi cielo haciendo el bien sobre la tierra."

III. Aquel otro grupo de santos

Sabemos que hay una tercera "rama" de la comunión de los santos —la gente santa que está en el "purgatorio". Aunque a veces han sido llamados "la Iglesia sufriente", este título puede exagerarse. El purgatorio no es un campo de concentración en llamas al margen del infierno. No es un lugar, tal como curar y amar no son lugares. La doctrina del purgatorio es simplemente esto: si —y esta suposición puede ser grande— una persona se muere con una fiebre baja llamada pecado venial (una actitud que impide a alguien aceptar a Dios totalmente), entonces esta persona tiene que dejar a Dios curar esta deficiencia "menor" antes de que él o ella pueda unirse al Dios puro. ¿Cómo ocurre esto? No lo sé. ¿Cuánto tiempo toma? No lo sé, tampoco.

Quizás decir "purgatorio" es simple-

mente otra manera de afirmar que la prerrogativa de determinar si una persona está reconciliada plenamente y dispuesta para la unión perfecta con Dios le pertenece al Creador y no a la criatura. El purgatorio es un proceso, no un lugar. Estas personas no son "pobres" almas que están aguantando ese proceso, ni tampoco están "abandonadas". Son santos, también, simplemente en busca de la purificación final. Son nuestros hermanos y hermanas por la gracia de Dios. Necesitan nuestro amor y nosotros necesitamos el suyo.

Es un asunto de todos

Hay una actitud que puede envenenar mi vida. Puede expresarse muy lógicamente: "Mi salvación depende de mí. Yo soy el que tengo que trabajar duro, tratar y volver a tratar, ser fiel. Luego, algún día lograré mi recompensa.

Comunidad de apoyo

José se estaba muriendo y tenía sólo 26 años. Yo era mayor que él, pero la muerte era una extraña para mí.

Alguien había llamado al párroco. Éramos bienvenidos en la iglesia, pero ninguno de los sacerdotes estaría allí. Y así sucedió que un grupo de personas se reunió en la iglesia un domingo por la tarde. El mejor amigo de José, ex-seminarista, conocía las oraciones de la Iglesia para los moribundos; él sacó consuelo de ese oficio para nuestros corazones sufrientes. Y rezamos la Letanía de los Santos por José. "Ruega por él", le rogamos a María, a los patriarcas, a los profetas y a una larga fila de santos.

Y entonces algo extraño sucedió. Al seguir recitando la larga lista de santos, tuve la sensación de que los bancos vacíos se estaban llenando. José y Andrés y Esteban, Perpetua, Águeda y Catalina, Atanasio y Teresa —uno por uno ocuparon su lugar a sus nombres. Ya no éramos un grupo de amigos tristes y temerosos. Éramos parte de una gran multitud celebrando la gran despedida de José en camino a su hogar.

Durante años, yo no le conte a nadie cómo había visto la iglesia llenarse. Podrían pensar que estaba loca. Yo misma no estaba segura de mí cordura. Un día un sacerdote amigo habló de su ordenación. Él contaba que cuando estaba acostado con la cara al suelo en el piso del santuario, sintiéndose indigno, inseguro de si sería un buen sacerdote, y la asamblea empezó a recitar la Letanía de los Santos, de repente sintió gran consuelo por ser parte de esta gran comunión de los santos —la asamblea que lo rodeaba como también los grandes santos del pasado que eran invocados. Los santos hermanos y las hermanas lo consolaban, sostenían y aseguraban que no estaba solo.

No soy loca después de todo. Comunión y comunidad son dos palabras con una raíz —dos palabras para una realidad: personas que se quieren y se apoyan unas a otras.

—Carol Luebering

Espero que recibas tu recompensa, también; pero eso es problema tuyo, no mío.”

Nosotros los estadounidenses somos particularmente susceptibles a esta actitud, porque nuestra tradición presenta como modelos para la imitación al Llanero Solitario o a Rambo o a los que tienen éxito por sí solos. Aunque los deportes son asunto de equipos, al fin de cuenta buscamos “estrellas”. ¿Qué hay de malo en luchar para llegar a la cima? Dos cosas. Primero, usualmente tenemos que pisotear la cara de alguien mientras escalamos. Segundo, en el plan de vida de Jesús no debe haber una “cima” que alcanzar.

No nos salvamos como individuos aislados. O vamos hacia Dios juntos o no vamos en absoluto. ¿No es esto absurdo? ¿No es el propósito de la vida, tener éxito y ganar dinero? ¿No tenemos que crear una zona de seguridad alrededor de nosotros, donde estamos protegidos de la gente que no queremos tratar?

La verdad es que Dios no podría crear personas que serían seres humanos “normales” viviendo de esa manera. *Dios no podría crear personas que no necesitan a otras personas.* ¿De qué se trata, entonces? ¿Cuál es la esencia de la vida? Ser salvados de nuestro egoísmo e insuficiencias aceptando ser miembros de la comunión de Dios, de la vida de Dios, del camino de Dios en sabiduría y amor, perfectamente reflejado en Jesús. Si quieres, puedes llamarlo “familia”. Y a ella pertenecemos todos.

Debajo de la superficie: la comunión

Pero regresemos a nuestro pequeño grupo alrededor del altar en nuestra capilla. Si finalmente podemos tener confianza segura de que por un milagro podemos ser llamados “santos”, nos damos cuenta de que este pequeño círculo de gente tiene cierta unidad —aunque algunos desean mucho espacio a su alrededor.

¿Tengo que amar a la Sra. Nuñez con sus constantes recuentos de sus visiones? ¿Al “Coronel” y a su esposa, tradicionalistas de pura cepa que seguro piensan que mi teología es herejía? Aunque creo que las mujeres merecen más reconocimiento, no estoy muy de acuerdo con todas las demostraciones y protestas. ¿Debo yo amarlas? ¿Estoy yo en comu-

nión con esta gente? ¿O debo esperar la verdadera comunión cuando mis amigos estén ahí? Aquellos que piensan *correctamente*; es decir, igual que yo.

Yo sé la respuesta: Jesús abraza a “esta gente” como amigos suyos y nos dice: “Si me amas a mí, ámalos a ellos. Mi Espíritu los hace uno. A pesar de las diferencias; sí, a pesar de la debilidad de la fe, hay *vida*, una vida, un Cuerpo, una unión, una comunión, una Comunión de los Santos.”

Y tenemos que llevar esta “comunión” más allá de la capilla. Después de la misa, las 15 personas salen “al mundo”. Alrededor del mundo, miles, quizás millones, hacen lo mismo. En ese mundo, algunos se ven como “perdedores”. Y el mundo no les hace caso como gente sin valor. Porque los dioses del mercado son poder, placer, prestigio y éxito individual. ¿Ha fallado Dios? Realmente no. La visión cristiana de lo que es el éxito es algo diferente. Se llama *comunidad de amor*. Y en el mundo, en todos los rincones del mundo, este tipo de comunidad existe. En una misa de mediodía abarrotada, en el centro de Chicago, en una familia que se ríe alrededor de la cena, en una cárcel de Beirut, en una comunidad de base en Brasil, en una enfermera alimentando pacientemente a una anciana moribunda.

Nada puede destruir esta comunidad /comunión. Puede ser que una parte de ella —hasta un país— deje morir su vida. No importa. La unión viva mundial sigue con crecimiento nuevo en una parte del mundo poco probable. Debe ser así. Dios *no puede fallar*. El plan eterno de Dios para salvar al mundo a pesar de sí mismo no puede ser frustrado. Hay, y habrá siempre, un cuerpo de santos, juntos en una sola vida, en un solo amor. Tal vez tenga un aspecto exterior muy ordinario, igual que nuestro grupo de 15 reunidos en la capilla, pero sólido como una roca, con una vida inmortal, insaciable, divina.

Nos necesitamos unos a otros

Yo los necesito para salvarme. Tengo que aceptar a cada uno de ellos como preciosos a los ojos de Dios. Los amo según mi capacidad, les doy la bienvenida; por orgullo no me sitúo por encima de los demás, no importa lo “insignificante”

UPDATE

Preguntas

- 1) ¿Cómo describirías el plan de Dios para la familia humana?
- 2) Reflexiona sobre tus parientes y amigos que consideras están en la presencia de Dios. ¿Les pides ayuda?
- 2) ¿Cómo piensas en el purgatorio?

que el mundo los considere. Los necesito como testigos de la fe.

Me dicen implícitamente cada vez que vienen a la misa. “Señor, que bueno es estar aquí. Somos tu comunión. Tenemos confianza en ti, y te agradecemos, y pedimos tu amor constante.” Necesito a estas personas para que me ayuden a creer que todo el asunto no es absurdo, que vale la pena, que un Dios de compasión desea que todos nosotros —aquellos que viven ahora y ellos que se han muerto en el amor de Dios— encontremos la vida plena como una Comunión de Santos. ■

Leonard Foley, O.F.M., es el autor de un catecismo best-seller: Believing in Jesus: A Popular Overview of the Catholic Faith y de muchos otros artículos y libros.

Traducción al español por Marina A. Herrera, Ph.D., Bethesda, Maryland

Extra copies of Catholic Update:

1,000 or more: 15¢ ea. ■ 500-999: 17¢ ea.
300-499: 22¢ ea. ■ 200-299: 28¢ ea.
100-199: 33¢ ea. ■ 10-99: 39¢ ea.

Catholic Update 12-month subscriptions:

Single: \$14.00 ■ 2-9: \$10.00 ea.
10-99: \$5.40 ea. ■ 100-199: \$4.20 ea.
200-299: \$3.60 ea. ■ 300-499: \$2.75 ea.
500-999: \$2.15 ea. ■ 1,000 or more: \$1.80 ea.

To qualify for bulk rates, all copies must be mailed to same address. Order by telephone 800-488-0488 or use address on front.

Prices are subject to change.

Visite nuestra página digital en
www.FranciscanMedia.org